

ANTE EL CENTENARIO DE VELAZQUEZ

Los retratos del capitán Dal Borro y del Marqués de Leganés

Por JOSÉ VALVERDE MADRID

I

Se ha dicho que en los retratos de Velázquez se huele poco a pólvora. Que los grandes generales de la Guerra de los Treinta Años fueron retratados únicamente por Rubens y Van Dyck y que Velázquez no pintaba más que la retaguardia madrileña, la Corte de los Austrias. Pero estos dos retratos que hoy aireamos prueban lo contrario. Veamos quiénes son.

El primero del que vamos a tratar es el de un obeso personaje vestido de negro que, colocado teatralmente entre un recio muro y una esbelta columna y los pies en un pedestal, pisotea una bandera. La cartela explicativa del Museo Kaiser Frederick de Berlín, donde tiene una sala de honor, pone: Velázquez «El Capitán Dal Borro». La primera reacción del que lo contempla es la de risa, después de admiración. Una terrible identidad fotográfica lo señorea y esa no la podía dar más que una retina en aquel tiempo, la del pintor español Diego Velázquez.

El capitán Alejandro Dal Borro, nació en Arezzo, aquel pueblo de Toscana un poco apartado de la costa, en los inicios del siglo XVII. Era hijo de Girolamo Dal Borro, también capitán e inventor de un instrumento para el disparo de los cañones. Técnico de artillería, escribió una obra llamada «Il bombardieri». Su hijo, con escasos diecinueve años, fué soldado en la Guerra de los Treinta Años a las órdenes del General Piccolomini, quien se había puesto a disposición de los emperadores germanos. En 1620 pasa ya, con categoría de oficial, al servicio de aquel rayo de la Guerra que fué don Gómez de Figueroa, Duque de Feria. Manda una compañía de alemanes y se distingue en las batallas de Lutzen y Ratisbona. También interviene a las órdenes de Leganés, en la famosísima de Nordlingen, donde se destrozaría el invencible ejército sueco. En el asedio de Sttetin es

llamado como perito en matemáticas y arte de fortificación. La fortaleza de muchas ciudades europeas tiene su línea defensiva en planos de Dal Borro. Más tarde el emperador Fernando II le reclama para que capitaneé tropas suyas en una coalición hispano alemana, teniendo la suerte de capturar al general enemigo Marra y a todo su estado mayor. Condotiero a sueldo, acude diligente a servir a quien mejor le pague. Su patria y su bandera son el mejor postor.

En el año 1643, el gran Duque de Toscana forma una coalición con los Duques de Parma y Módena. También entra en ella el Dux de Venecia. Objetivo: la invasión de los estados papales. Los Barberini eran los generales pontificios y tenían bien dispuestas las defensas. Debajo de la misma biblioteca vaticana, cuenta un viajero de aquel entonces, que había armas para formar un ejército de veinte mil hombres. Carlos y Tadeo Barberini, los generales del Papa Urbano VIII, utilizan hasta las vigas de bronce del pórtico del Panteón de Roma para fundir ochenta cañones para la defensa del Castillo de Saint Angelo, de ahí la frase de que lo que no hicieran en Roma los bárbaros lo hicieron los Barberini. La carga de los impuestos a los súbditos papales por lo demás era muy intensa. Había que defender como sea los derechos vaticanos. Pues bien, Dal Borro, subastado al mejor postor, pasa a las órdenes del Duque de Toscana y manda sus tropas de vanguardia. Sale en dirección de Umbría y penetra victoriosamente en Castigión del Lago y Città del Pieve, derrotando a las fuerzas papales. Las que, por otra parte del frente, habían conseguido detener a los aliados del toscano, Odoardo Farnesio y Duque de Módena. La gloria del victorioso avance es lo que representa el cuadro berlinés. La bandera que pisa el capitán es la roja y blanca con la abeja bordada en oro de los Barberini. Aquellas abejas, símbolo del talento poético del Papa Barberini, *apis attica*, de la que se burlaban los cantares populares madrileños cuando la ofensiva española contra Roma diciendo que el león español mataba moscas con el rabo. Los escudos son arrancados de las casas de la región ocupada por Borro, quien ordena respetar únicamente los papales, pues se decía que la guerra no era contra el Papa, sino contra los Barberini. Urbano VIII, el Papa poeta, el gran creador de la Roma barroca, no era el enemigo que los insubordinados súbditos combatían, sino sus familiares. La llamada guerra de Castro concluyó a los pocos meses de empezada, en el mes de Marzo de 1644, en la paz de Venecia, firmada a regañadientes, por los Barberini que no querían pactar con sus antiguos vasallos. Las potencias italianas de Venecia y sus aliados era otro enemigo que los duques sublevados.

Dal Borro está parado y se ofrece en el año 1646 a España. Felipe IV, en un respiro de la paz de Westfalia, puede dirigir sus fuerzas contra el enemigo interno de la Península; la Cataluña sublevada.



Velázquez.—El Capitán Dal Borro. Berlín, Pínacoteca

Dueño Dal Borro de una gran fortuna, ganada en sus rapiñas, ya que era el tiempo de la guerra como empresa, también ya Marqués de Castiglione, nota a faltar una cosa; la bengala de general y con este cargo se ofrece al rey español, quién acepta, complacido, su instancia. Es nombrado Maestre de Campo y General de la Flota. El recibimiento que se le hace en Madrid es distinguido, hospedándose en casa del embajador, quien habla en informe del humor extravagante y cambiabile del obeso mariscal, soberbio cual toscano... Sale para el frente catalán a las órdenes del general Marqués de Mortara y tiene la suerte de tomar en una campaña relámpago, Flix,

Miravent y Tortosa. Crece la admiración ante este condotiero que no conoce el miedo.

Es en su estancia en Madrid, antes de salir para el frente, cuando creemos le hiciera Velázquez el retrato que señorea la sala berlinesa, quizá formara parte de la galería de capitanes y generales del Marqués de Leganés. La edad del retratado coincide con la que tendría en su temporada en Madrid. Representa un hombre de cuarenta y cinco o cuarenta y seis años, corpulento y desafiador. Desde su pedestal nos mira con orgullo y altanería. Al igual que el Príncipe de Saboya y el Gran Condé subasta sus armas. El caso del segundo es aleccionador, con escasos veinte años nos derrotaría en Rocroy y al poco tiempo derrota a los franceses luchando a nuestras órdenes. Los sueldos son fabulosos, pues las manos libres para la exacción fiscal del territorio ocupado, deja mucho más que el mayor sueldo que se pudiera dar a un general.

El socorro al pueblo de San Mateo es un alarde de la capacidad maniobrera de Dal Borro. Más tiene una discusión con el Marqués de Mortara y pide el cese, abandonando la guerra de Cataluña. Otra vez vacante el Marte sin destino, que era el ya general Dal Borro, se ofrece a la república de Venecia. Es aceptado su ofrecimiento con júbilo y se le encarga del mando de las galeras. Un especialista de artillería se transforma en general del mar, tan ligado a la vida veneciana. Pero vé Borro que sus soldados de desembarco y sus marineros y artilleros ya no son ni los mercenarios germánicos ni los de los tercios españoles. No hay disciplina. Como nos dice Craso, en su «Elogii dei Capitani Illustri», enseña a los venecianos a guerrear. Su voz campanuda les hace obedecer. General de la armada que se fleta contra los turcos, en los Dardanelos, gana su primera batalla naval rindiendo la isla de Egina. Asalta Mafuia como un soldado más entre los que desembarcan en vanguardia y ocupa Tenedo y Lenno. Pasea con orgullo su nueva bandera, la veneciana, por los puertos del Mediterráneo. Más en la últimamente citada operación bélica es herido en el pecho, solicita entonces licencia para regresar a Italia, descansar en su casa tras tanto tiempo dedicado a la guerra, más la nave en que viaja es asaltada por tres navíos corsarios berberiscos. Nuevamente sale al puente del barco para luchar al arma blanca para rechazar el abordaje y el enemigo es rechazado, pero Dal Borro es herido gravísimamente de un lanzazo. Como una ballena con el arpón clavado, Dal Borro muere en el puente de mando del barco mientras un tibio sol mediterráneo se esconde en el Po-

niente. Es finales de Noviembre de 1656. Es enterrado en Corfú. Un erudito latinista escribe una sintética biografía del condotiero en la piedra del cementerio que guarda sus restos. Dice así; Borro.—*D. O. M. Alexandri marchionis Borro Aretini. Conductor hic viscera.—Corpues Patria, Spiritu Astris —Cum tanto poderis virum tellus ferre non potest divifit. Cineres. Germanie-Hispaniae. Etruriae. denique Reip Venetae. Exercitum stenecisffimi ductoris, prope Sapientiae issulam Dum unica navi in ternas barbarorum Acerrimus inuehitur In medio Victoriae Corfú. Annum agens Septinum. & quincagesimun. Orbi eripeter. Inmortali Superstite fama. IV Nov. December Anno MDCLVI.*

Los tratadistas italianos sostienen que el cuadro en cuestión fué pintado por André Sachi. Voss es el portaestandarte de esta tesis, la que lleva la ayuda de Ogetti. Pero esto no puede ser pues era Sachi el pintor de cámara, y a sueldo, de los Barberini, así lo tenía el Cardenal Antonio Barberini. No iba a pintar en manera alguna un militar pisoteando la bandera papal. Su estilo, además, es muy diferente de aquel del pintor italiano. Posse, que es el mejor biógrafo de Sachi, no lo enumera entre su obra, negando que sea de él. Hedberg lo achaca a Pierre Francoy de Malinas, cuyo estilo también es diferente.

Fué adquirido el cuadro de Dal Borro en el año 1873 por el crítico alemán Von Liphart como obra de José de Ribera al propietario de la Villa Paserini, en Florencia, pero aducimos que Ribera murió en 1628 y no representa el cuadro a un hombre de esa edad, aún suponiendo que fuera de sus últimas obras. Liphart estudió luego los Velázquez del Prado y sin vacilar los adscribió a su pincel. Comprado por el Museo berlinés se instala como de Velázquez con todos los honores. Otro crítico italiano, Bombe, no solamente niega que sea de mano de Velázquez el lienzo, sino que sea Dal Borro el retratado. Su argumento es que en la Casa Consistorial de Arezo hay un retrato de un militar con su nombre y representa un personaje con otras facciones y sin la corpulencia del hombre retratado en el cuadro berlinés. Contraponemos a esto que en la obra de Craso, antes citada, publicada por el tiempo del cuadro hay un grabado que representa al general italiano con la misma corpulencia y cara que en el cuadro velazqueño, el que reproducimos para que juzguen los lectores.

Carl Justi, el gran estudioso de Velázquez, no se decide por atribuírselo a él basado, más que en otra cosa, en que cuando el pintor español fué a Roma, en su primer viaje, fué muy atendido por el

Cardenal Barberini y no iba a pintar un militar con el gesto tan poco elegante de pisotear la bandera suya. Aquí le podemos argüir que Velázquez no era un pintor a sueldo, como Sachi, de los Barberini y que veinte años después de su viaje a Roma no tiene nada de extraño que retrate al antiguo enemigo del Cardenal Barberini con el capricho de reproducirle humillando la bandera papal.

Beruete observó el cuadro en Berlín y afirmó que no era en ma-



Grabado de Dal Borro en la obra de Craso. Biblioteca Nacional. Madrid

nera alguna una copia, sino un retrato de categoría excepcional. Efectivamente lo es y no vacilamos en añadirle a la corta lista de la producción pictórica del genio español. Velázquez pinta maravillosamente los interiores de las estancias palatinas, los infantes de los Austrias con atuendos de caza y toda la fauna de enanos y hombres de placer de la corte del Rey Poeta. Ignora el mar y las grandes escenas guerreras. Hay una excepción: la rendición de Breda. Pero

ésta se pintó muchos años después de la batalla y cuando su héroe, Spínola, había muerto. Da la impresión la obra velazqueña de unos caprichos goyescos al óleo. Seres deformes, como en la obra del genial aragonés, aparecen en las grandes galerías del Prado. Los cloróticos infantes del setecientos español podemos agregarlos a la lista del Calabacillas, Morla, Mari Bárbola y Juan de Austria. Pues bien, en la lista de estos *dramaticae personae* faltaba el miles gloriosus, el militar fanfarrón que vive del recuerdo de sus hazañas guerreras, y gracias a este cuadro berlinés, ya lo tenemos, El Capitán Marchese Alesandro Dal Borro se incorpora a este aquelarre goyesco y desde su pedestal reclama imperiosamente su sitio en la inmortalidad.

II

Desde la Galería de Dresde un obeso personaje, cruzado en la militar orden de Santiago, nos contempla con sus ojos apagados y su aire grave y señorial. Cuanto ha debido sufrir este caballero, es la primera pregunta que se hace el que lo contempla. Y efectivamente; ha sufrido la injusticia de servir a Felipe IV como general. Conocida es la frase de que era preferible servirle con una pica de mosquetero que con un bastón de general. Casi todos los mariscales de Felipe El Grande iban castigados a los castillos españoles en cuanto perdían una batalla. Más ¿porqué las perdían? Pues porque aquella corte española gastaba más en teatros y diversiones que en armar y pertrechar a un ejército que se enfrentaba con toda Europa. Uno de estos generales es el retratado por Velázquez en la Galería de Dresde, Leganés.

Era don Diego Messía de Guzmán, hijo primogénito de don Diego V. Dávila Messía y Ovando y de doña Leonor de Guzmán, hija, a su vez, de don Pedro Guzmán, Conde de Olivares y de doña Francisca de Rivera. Había nacido en Madrid en el año 1584 y con veinte años ya era, allá en Flandes, Capitán de Caballos. Se destaca por su valor en los tercios españoles y es agraciado con el hábito de Santiago, con menos de treinta años de edad —el número de su expediente en dicha orden es el 5.274—, es uno de los anónimos héroes de la Guerra de los Treinta Años. En el año 1620, ya como Maestre de Campo y con mil quinientos infantes, dos compañías de caballos y tres piezas de artillería, conquista el castillo y burgo de Walpicklen y las fortalezas de Tumbach, junto al Mosela, Stamkemberg, Wolf y Bilstain. Spínola, el héroe de Breda, solicita del Rey

una encomienda para aquel bravo lugarteniente suyo y así es como es el Marqués de Leganés, duque de Sanlúcar, Conde de Azarcollar y Marqués de Morata y Mairena. Más siguen los triunfos. Los tercios mandados por el llamado segundo Gran Capitán, el Conde de Campolátaro y Leganés arrasan Cleves y Juliers, destrozando al ejército holandés. Jusepe Leonardo ha immortalizado la rendición de la ciu-



Velázquez.—«El marqués de Leganés». Fragmento de Las Lanzas. Museo del Prado. Madrid

dad últimamente nombrada en el famoso lienzo del Prado, en el que, al lado del Marqués de los Balbases, está Leganés quien a los pocos años casaría con su hija, aquella fina y esbelta Spínola retratada por Van Dyck.

La organización de la armada española encargada al Conde de Horn por el Rey, tiene en Leganés un asesor especializado en tantos años de lucha europea. En una breve estancia en Madrid de descanso forma parte de la Junta de generales presidida por el valido Olivares, pariente de su madre y a quien entrega 800.000 ducados que

en los Países Bajos había recaudado Messía para la guerra. Al año siguiente de esto —1634— acontece la gran batalla de Europa, la de Nordlingen, que ganan las tropas españolas derrotando a los suecos hasta entonces invictos, haciéndoles dos mil bajas y capturando prisioneros a Horn y Bernardo de Sajonia, distinguiéndose Leganés y don Martín Idíquez, jefe del Tercio de Lombardía, atribuyéndose el mérito de esta victoria al Cardenal Infante, don Fernando de Austria, hermano del Rey, pero contando poco más de veinte años, lo más probable es que quien dirigiera la acción fuera Leganés, con cincuenta años de edad, curtido en el pelear europeo. Es ya teniente general y había sucedido al Duque de Feria en el gobierno de Milán, donde había hecho grandes fortificaciones mandando traer al perito en este arte, Padre Camarasa. Nuestros aliados austriacos vitorean entusiásticamente a las tropas españolas y en Bruselas el recibimiento que se le hace al Cardenal es magnífico.

El Rey encarga a Van Dyck un retrato de su hermano, retrato que le lleva a Madrid el marqués de Leganés en persona. Después vuelve a Milán de mala gana, pues las mejores tropas del gobierno de Milán se las había llevado el Cardenal y los tercios estaban sin pagar. Solicita fondos y se le dan dos mil ducados de renta perpetua en su casa, doce mil de ayuda de costa y otros dos mil de sueldo anual. Por fin puede reunir un ejército de 32.000 hombres en el año 1635 y el 26 de Febrero de 1636 dá la batalla del Pó entre Parma y Crequi, en la que actuó tan bravamente al frente de sus tropas que los soldados le aclaman y dicen que con él van al fin del mundo. De pie en los estribos de su caballo parece un héroe mitológico en sus arengas a la soldadesca. Dos meses después derrota a un formidable ejército francés haciéndole tres mil bajas. Persiguiendo al enemigo penetra en el Piamonte y toma Fontana, Anon y Gatinara. El duque de Parma quiere entretenerlo con el pretexto de un acuerdo para dar lugar a que lleguen refuerzos para el ejército francés. También los pide Leganés, pues vé que la batalla que se avecina va a ser difícil. Llegan los de los franceses, pero no los españoles, y se ve precisado Leganés a tomar Ripalta y una isla en el Pó para cerrar los puertos con esclusas, poniendo estacadas y molinos para evitar que le derroten los diez mil infantes que le envía Richelieu a Parma. Es un verdadero milagro el que realiza Leganés derrotando este ejército, con solo ocho mil españoles, tomando victoriosamente el 1 de Julio de 1637 Niza della Palla, posesión de Saboya.

Pero tanto quehacer mina la salud de aquel obeso general que no

conoce el descanso, solicita un permiso por falta de salud, también quiere lograr un auxilio económico para evitar que sitien a los suyos en Final, pues bien, ni se le concede el permiso ni se le auxilia y así, en estas condiciones tiene que tomar la ciudad de Alba y sus molinos. Llega el año 1638, el de las victorias de Felipe IV, —hasta hay una obra de Lope de este título—, en la primavera toma Ponzón, de-



Moncornet. — El Marqués de Leganés. Sección de Estampas. Biblioteca Nacional

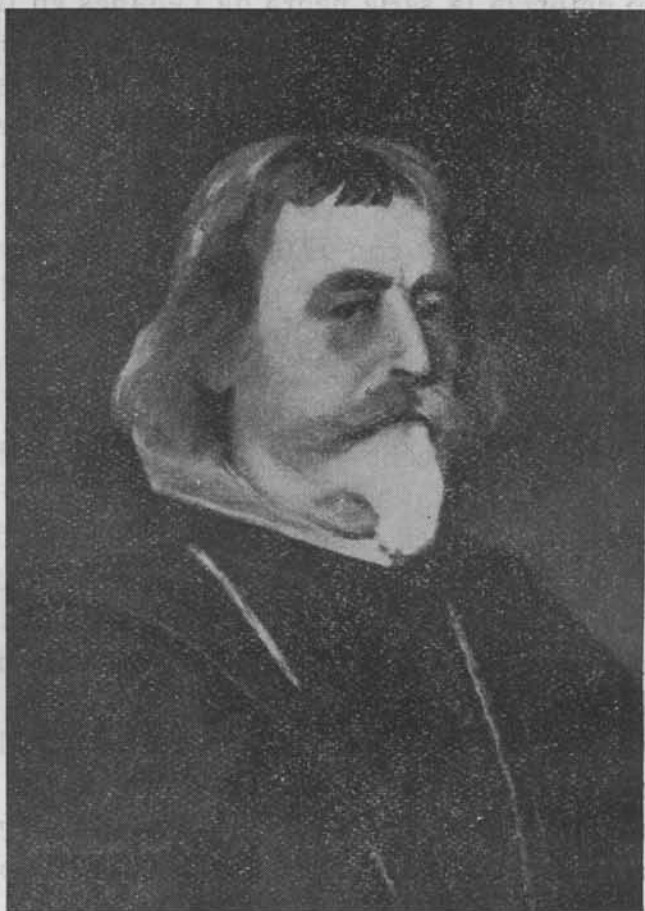
rrota al famoso general La Velette, en Lombardía, y conquista Brema y Vercelli, en unión del príncipe de Saboya —los honores, como en el caso del Cardenal, para Saboya y el duro pelear para Leganés—, ocupa Monferrato y Piamonte, invadiendo el Ducado de Saboya y conquistando Turín. La gloria de Leganés se extiende por todas partes. Un poco subido contesta insolentemente cuando le ordenan que socorra a Brisach, diciendo que no lo hace y es sustituido entonces por Melo, pero éste fracasa y nuevamente se hace cargo Leganés del gobierno de Milán. El odio entre estos dos generales es africano, demostrando nuestro biografiado la superior clase con las tomas de

Trin, Santian y varios pueblos junto a Casal. Es recompensado con la Grandeza de España de primera clase. Siguen los triunfos en Italia y cerca al ejército francés que tenía cercado nuestro Turín y, entre Tomás de Saboya y él, logran una de las más grandes victorias de Italia. Saboya atacaba por el llano y Leganés por la montaña franqueando el Pó con puentes levadizos por la noche.

Más pronto empieza la serie negra de Leganés en Italia, primeramente firma una tregua con los franceses que no es bien vista por Olivares el que le reprende pues iba ganando, después en la batalla de Casal dá dos encuentros en el día y en la noche quedan dormidos hasta los centinelas de los españoles sorprendiéndoles el mariscal francés Harcourt, haciéndonos tres mil bajas, dejándonos sin bagaje ni artillería. Hasta las arcas con 50.000 ducados para el pago de la tropa caen en poder del enemigo, el que, burlándose, le devuelve los libros de contabilidad a Leganés. Olivares le echa la culpa de los desastres de Italia, dícele al Cardenal Infante que Leganés tiene cuanta bondad hay en la tierra más se ataca mucho a estar siempre tan grueso. El espíritu estrecho y envidioso de aquel burócrata que no había conocido una batalla que era Olivares no puede soportar que su primo esté siempre en el campo del honor. El día 29 de Abril de 1640, con la derrota de Casal, cesa Leganés en el mando de Milán y viene castigado a España. Muere por entonces su esposa Polisenia Spínola, casándose por segunda vez Messía, con una cordobesa, Doña Juana Rojas Córdova, hija del sexto duque de Sesa, la que, a su vez, era ya viuda dos veces. De carácter endiablado, era una señora de armas tomar, por no querer apartarse un coche que le precedía al suyo asomó una escopeta por la ventanilla de su carroza y mató de un tiro al cochero, y eso que era nada menos que el criado del Almirante de Castilla.

No puede estar Leganés inactivo, pide al rey cese su sanción y le dé nuevamente el mando del ejército, primeramente se le encomienda que descubra al espía Padre Mascarenas, lo que no puede conseguir Leganés, escapándose aquel y eso que anuncia la recompensa de quinientos doblones para el que dé una pista de su paradero. En Noviembre de 1641 es nombrado Virrey y Capitán General de Cataluña, no tomando inmediatamente posesión pues murió su hijo menor de garrotillo. Más valía que no hubiera tomado dicho mando. En el año 1642 ocurre otra gran derrota de Leganés, primeramente se enemista con el Marqués de Torrecusa quien sabiendo que le mandaba Leganés soltó su bastón de general y tomó una pica de

soldado para no ser mandado por él, ya que tenía un oficio mayor. Entre el boicot de los generales y la intromisión del Rey en la dirección, pero siempre a retaguardia, de la batalla, ocurrió, en el mes de Octubre de dicho año, otro gran desastre en el sitio de Lérida. Leganés tanto se expuso que a poco le cogen prisionero los franceses. Con 18.000 infantes y 8.000 caballos pasa el Segre por Aitona y



Velázquez.—«Retrato de Caballero Santiaguista». El marqués de Leganés. Dresde

al llegar al Llano de las Horcas atacó a La Motte que estaba en la colina de los cuatro pilares, derrotándole el francés, teniendo que abandonar Leganés hasta la artillería y volviendo desterrado al castillo de Ocaña. Marañón nos habla de que la calma de gordo apacible de Leganés era interpretada como cobardía lo que no era cierto. Al año siguiente sigue corriendo el mal viento para los Guzmanes y sale de valido Olivares, el que en su carta de 21 de Enero de 1643, respondiendo a otra de consuelo de Leganés, llama a éste «Hijo mío». El general que le sustituye en el frente de Cataluña, un

portugués llamado Silva, tiene la suerte de entrar victorioso en Lérica, cosa que no pudo hacer Leganés. Este sigue postergado en su palacio de Madrid, rodeado de lujosos muebles y bellos cuadros. Gran coleccionista y muy entendido en pintura, era su pinacoteca admirada por todo el que visitaba Madrid.

En el año 1646, una nueva crisis de la campaña catalana hace que se acuerde el Rey de Leganés, deja éste a su esposa en Almazán y sale para Zaragoza. Es nombrado General en Jefe del ejército de operaciones. El Rey le dirige una carta exhortándole a combatir hasta morir y en el mes de Noviembre realiza la mejor operación técnica de su vida militar, y es D'Harcourt, uno de los mejores generales franceses, derrotado en toda la línea, se saca la espina Leganés y destroza materialmente al ejército francés. Snayers, en el famoso lienzo del Prado, retrata a Leganés al mando de su ejército con el fondo de la ciudad de Lérica salvada gracias a su arrojo. Es la apoteosis del viejo general fiel a su Rey y a su patria. No le ofenden las postergaciones y castigos y «sempre pronto», cual el lema heráldico, siempre está dispuesto para mandar las tropas de su Rey. Y pasa otra vez lo de siempre, se le traslada inmediatamente a un nuevo campo de acción para ver si así marchan mejor las cosas. Sin descansar pasa de Cataluña a un frente extremeño. Se había sublevado Portugal y una parienta suya, una Guzmán, esposa de un Braganza, es el alma de la insurrección. Allí acude Leganés y con tropas muy diezmadas y escasas no consigue tomar Olivenza. Se le releva por el General Tuttavilla, quien tampoco está afortunado. Por entonces —5 de Octubre de 1647— es cuando muere la esperanza de la patria, el príncipe Baltasar Carlos. Felipe IV, una hora más tarde de la muerte, le escribe a Leganés aquella conmovedora carta en la que se desahoga su dolor.

Tiene el general cerca de setenta años. Vuelve a su casa de Madrid y continúa su vicio de coleccionista de obras de arte aunque ya no goza tanta fama de rico, así se dice que en una recepción llevaba botones y cadenas de plata en lugar de oro por estar muy pobre. Aparte de que el pleito con el Duque de Sesá, por el señorío de Poza, de su esposa, le sangra el caudal. Se desafía con su cuñado y el Rey los manda prender a los dos, después, el Presidente del Consejo de Ordenes los logra avenir. Le pide el Rey los fondos que tenía bloqueados en el Banco de San Jorge de Génova, procedentes de sus campañas italianas prometiéndole un interés del diez por ciento. El Banco le daba solamente un dos, pero estaba su capital seguro, en

cambio, ya se sabía por desgracia lo que eran las arcas reales. Al parecer accedió a ello, pues se habló cuando murió de lo pobre que quedó su viuda. Por entonces es nombrado Presidente del Consejo de Flandes y consejero de Estado.

En el año 1654 sufre la pérdida de su hijo en el campo de batalla de Arras. Este mismo año se le incendia su casa al valido del Rey don Luis Méndez de Haro, ordenando el monarca que aloje Leganés en su casa a los dos hijos de aquél, marqueses de Heliche y Monterrey, cosa que le ocasiona enormes gastos, tanto es así que en una instancia pide al Rey le remunere con un cargo palatino —cual es la mayordomía Mayor y la Presidencia del Consejo de Italia— pues está muy pobre. Al mes de tener los huéspedes en su casa le dá el primer ataque de apoplejía. Padece, además, gota de ambos pies. La conducta de sus alojados acaba con sus reservas monetarias y su paciencia. Tiene que enviar sus hijas a Loeches y pide al Rey mil fanegas de sembradura para ayuda de costa, a lo que accede Felipe IV, pero no así el Ayuntamiento madrileño, quedándose sin ellas. Otro día los Haros matan a patadas el perro predilecto de la marquesa y se armó el escándalo mayúsculo. Suelta la feudal señora más tacos que un carretero. Leganés quiere levantarse del lecho y le dá nuevamente el ataque y muere. Pesa más que un buey, le tienen que enterrar en dos cajas, una de plomo y otra de madera forrada de terciopelo como era su voluntad y en la Iglesia estallan. El Rey dona a su viuda diez mil ducados a cuenta de lo que la debía, recogiendo al camarero de Leganés haciéndole ayuda de cámara real y a un hermano suyo sacerdote, un regalo de seis mil ducados. Sus tres hijos son atendidos por el Rey. El mayor, Gaspar, es Conde de Morata y luego Gobernador de Milán, por cierto que casó con una hija de la segunda mujer de su padre —Francisca de Córdoba Rojas—. y el hermano de ésta —Gaspar de Osorio, marqués de Almazán—, casó con Inés Messia Guzmán, hija de Leganés. Su otro hijo Ambrosio, fué Obispo de Oviedo y Arzobispo de Sevilla, donde murió en el año 1669.

El odio del pueblo madrileño a los Guzmanes hizo que al día siguiente de morir Leganés apareciera un pasquín representando una carroza con tres demonios y tres sillas con unos rótulos, diciendo: Olivares, Monterrey y Leganés, acompañado de un letrado que decía: «Pica, cochero, al infierno, para que con este nuevo consejero de estado que llevamos le demos un buen día». No era justo esto con un caballero como Leganés que todo lo dió por su patria. Un hombre

fiel y de buena voluntad en la podrida corte del Rey Poeta. Las recompensas que el Rey le dió fueron muy escasas, los señoríos de Valverde, Villar del Rey, Aguila, Velilla y Vaciamadrid eran de muy poca entidad económica. Era fama de que quedó muy pobre la familia al morir Leganés. Por cierto que su esposa le guardó muy poco luto ya que al poco tiempo de su muerte se rumoreaba que, en las fiestas palatinas a las que acudía, era demasiado lisonjeada por el valido don Luis Méndez de Haro. Hasta se habló de un cuarto matrimonio suyo...

La iconografía de Leganés es muy abundante. El primer retrato del que tenemos noticias, es el dibujo de Rubens, hecho hacia 1629, que se conserva en la colección Albertina de Viena y comprende solamente la cabeza. Con aquella visión formidable del retratista flamenco aparece lleno de vida don Diego Messía, quien había conocido al pintor en Inglaterra con ocasión de la gestión diplomática de Rubens en pro de la paz entre Inglaterra y España, nuestros gobernantes desconfiaron de los buenos propósitos del pintor y enviaron para comprobar la verdad de sus gestiones a Leganés como hombre de confianza. Este vino convencido, no solamente de la buena fe de Rubens, sino de su valía como pintor y de ahí la venida a España de aquel y el origen de tanto cuadro que aquí de su mano se conserva.

En el año 1634 hace su encargo para el Salón de Reinos el pintor Jusepe Leonardo, pintando la rendición de Juliers en la que aparece, al lado de Spínola, su yerno. Nassau le entrega arrodillado las llaves de la ciudad. Hoy está en el Museo del Prado este bello lienzo pintado por Leonardo, con cerca de veinte años. Fué una lástima que muriera tan joven, pues prometía ser un buen pintor.

Por esta época es cuando es encargado Velázquez de pintar la Rendición de Breda, conocido por Las Lanzas. La flema y vagancia del pintor hizo que se retrasara el encargo, dando lugar a que cuando lo terminara fuera a los pocos meses antes de perder la ciudad otra vez, y definitivamente, en otoño de 1637. En una relación de Gonzalo de Céspedes se dice que acompañaban a Spínola en el momento de la rendición, los príncipes de Neoburgo y de Anhalt, don Carlos Coloma, don Francisco Medina y don Diego Messía, Marqués de Leganés. Los críticos de arte han discutido mucho quiénes eran los componentes de esta «corona» de generales que rodeaban a Spínola, ya que Calderón en su comedia sitúa a otros personajes que no son los enumerados por Céspedes en su obra. La razón es

que había que incluir en la comedia a Gonzalo de Córdoba, victorioso general que en Fleurus se había cubierto de gloria, de ahí que sigamos la tesis de aquel autor que parece ser que estuvo presente en la rendición. Ya es sabido que Velázquez pintó el cuadro muchos años después de ocurrida la batalla —1625—, posando Leganés para el mismo en los cortos permisos que tenía, ya que casi siempre estaba en el frente europeo. La etapa más prolongada de Messía en la corte es cuando estaba encargado de fortificaciones y artillería, en el año 1633. En el año 1634, ya estaba en la batalla de Nordlingen con el Cardenal Infante, batalla que se dió después de hecho el encargo de los cuadros del Salón de Reinos, ya que sinó se habría incluido en la relación de hechos heroicos a pintar. Por las radiografías que recientemente se han hecho de «Las Lanzas» se vé que en la primitiva versión no estaba Leganés, que es el segundo caballero a la derecha, detrás de Aremberg, que está inmediato a Spínola, y el tercero avanzaba la cabeza cubriendo su hueco. Luego, en los repastos que el flemático pintor hizo en el lienzo aparece ya don Diego Messía de Guzmán. ¿Qué razón puede darse a ésto? La de que cayera en el descrédito de la corte por la derrota de Casal, no puede ser, pues esto ocurrió en 1640. Quizá la causa sea la ausencia de Leganés que tenía que incorporarse a Milán y de ahí a Nordlingen. Al volver en uno de sus permisos fué cuando Velázquez reformaría el cuadro incluyéndole. Es muy parecido al de Dresde acusándose, como es natural, el paso de los veinte años en la edad del retratado de uno a otro retrato.

En la época italiana le hace Merconet un buen dibujo que él mismo graba. Ya está más viejo y más grueso que en el cuadro antes citado de Leonardo o en el de Velázquez, el fondo del grabado representa la acción victoriosa de Nizza della Palla. Por este tiempo es cuando Van Dyck le hace el soberbio retrato de la colección del Duque de Almazán. Ya antes, para un album. «Iconografía de Príncipes», el mismo pintor le había hecho un grabado del cual el boceto preparatorio se conserva en la colección Martinet de Ginebra. Muy barroco el grabado es preferible a todas luces el bello retrato de la colección Almazán, en el que es retratado sin la bengala de general, quizá fuera hecho cuando estaba postergado, pero la fecha de la muerte de Van Dyck, a finales de 1641 y su estancia última en Inglaterra hacen muy difícil esta suposición. El retrato de su esposa —de Leganés— fallecida en 1641 también nos demuestra que se hicieron mucho antes de este año.

Un grabado de la Biblioteca Nacional de Madrid nos lo representa ya viejo, acusando su rostro las amarguras del destierro en Ocaña, lo que también se observa en el ampuloso retrato de la co-



Snayers.—«El sitio de Lérida». Museo del Prado. Madrid

lección Infantado, de autor anónimo, pero de influencia francesa. Más es Snayers, el que en su lienzo «El sitio de Lérida», hecho en 1647, mejor retratará la época heroica y de esplendor de Leganés. Ya antes hemos relatado la hermosa batalla del mes de Noviembre de 1646 contra el mejor general francés D'Harcourt. Pues bien, Snayers en el lienzo del Prado, tan descriptivo, nos muestra la disposición de los ejércitos, una minuciosidad notarial revela el cuadro que en-

canta al que lo contempla. Se ve la disposición de los mosqueteros, artillería y caballería. Un general francés se acerca al español sombrero en mano para rendir sus tropas cercadas. Leganés de frente al espectador es la figura señera y barroca del lienzo. ¡Qué lástima que se haya perdido otro lienzo que se conservaba en el viejo Alcázar madrileño en que, según una relación, aparecía Leganés frente a un plano de batalla!

Por último llegamos al retrato de Dresde. Está allí desde el año 1746 en que fué comprado a la Galería de los Este, Duques de Módena, los que en la sucesión de César Ignacio Este, en 1685, ya estaban catalogado con el de Juan Mateos, balletero del Rey, como de manos de Velázquez. El tamaño es de 0'65 por 0'55, parece recortado de cuadro mayor, y, según la sagaz observación de Justi, el modelo encaneció en el transcurso del retrato, es decir entre cuando se encargó y cuando se terminó medió un buen lapso de tiempo. Pantorba cree que se pintó hacia 1648. Verdaderamente tiene mucha similitud con la edad que representa Leganés en el cuadro de Snayers de 1647, pero nos parece que está más grueso aún en el de Dresde, la vida sedentaria de militar retirado le había hecho engordar aún más, de ahí que situemos la fecha en la que Velázquez lo hiciera unos años más tarde. Que es él es indudable comparando su efigie con los demás retratos. Posaba muy serio en todos los cuadros que de él se conocen. Muy aficionado al arte, a su muerte, —en el inventario de 1655—, se registran varios cuadros de Velázquez que la ruina de su casa dispersó. Allendesalazar sostenía que el retratado era don Fernando Fonseca Ruiz de Contreras, Marqués de Lapilla, caballero de Santiago, estrechamente relacionado con el pintor por su cargo palatino, pero del que no se conoce su efigie para compararla con el cuadro de Dresde. Parece ser que otros cuadros que de Velázquez tenía Leganés era un Pablillos de Valladolid, una copia del Infante don Carlos y un Felipe IV de primera época hoy en Londres. La famosa Concepción de Rubens y el Concierto de pájaros de Snyder eran otras preciadas muestras de su colección.

Cuando se compró el cuadro de Dresde se creía que era de Rubens, luego, los técnicos dictaminaron que era de Murillo, de 1826 a 1846 se cataloga como de Tiziano y Viardot lo achaca a la «escuela de Van Dyck». Burger y Curtis fueron los primeros que lo catalogaron fielmente como obra velazqueña. Justi y Beruete, después del descubrimiento del inventario de 1685 de la casa Este, ya afirman con seguridad su autenticidad como obra velazqueña. Este último

crítico de arte, encontraba una similitud muy grande entre este lienzo y el retrato de Martínez Montañés en el Prado y Allendesalazar, entre él y el del décimo Conde de Benavente. Otro retrato de guerrero que al parecer se ha olvidado cuando se dice que en los cuadros velazqueños no se huele la pólvora, En éste la concesión del toisón de oro al retratado en 1648, nos señala la fecha «ante quem», de su confección lo que la venera de Santiago en el retrato de Leganés no nos dice nada, por la temprana concesión de la orden militar en el año 1614, como antes hemos relatado.

Y terminamos el examen del retrato del caballero santiaguista como se ha llamado siempre al retrato de don Diego Messía de Guzmán, Marqués de Leganés. En él, como en todos los demás en que aparece su noble efigie, se refleja la tristeza y bondad de aquel hombre fiel que era el bravo militar. Ya hemos relatado antes que cuando murió el hijo preferido del Rey, el príncipe Baltasar Carlos, el rey no teniendo otra persona fiel a quien contarle su pena, le escribió aquella misiva llena de encanto y resignación. Como Olivares antes, en la desgracia, siempre hay una persona a la que volver los ojos y ver en ellos la fidelidad, y esa persona era don Diego Messía de Guzmán, el caballero santiaguista.